

grados de formas varias, hasta que llega á un límite de perfección, del cual no podrá pasar jamás.

El arte es la revelación permanente de Dios. Para revelarse, Dios escoge sus profetas, los verdaderos reyes de derecho divino, los géneos que hacen visible, palpable lo infinito, y lo encarnan en todas las conciencias y lo comunican á todas las generaciones, sabiendo por intuición sobrehumana tocar en la mente y en el corazón, unir el sentimiento y el raciocinio, hablar á los hombres de ánimo superior y á las ciegas muchedumbres, fundar y establecer la divina religión de la ideal hermosura. Pero si el arte es la revelación permanente de Dios, la historia es la permanente y sucesiva realización del derecho, de la noción que más contribuye al humano perfeccionamiento. La historia es progresiva y pasa de la necesidad á la fatalidad, de la fatalidad á la Providencia. Y la medida del progreso se encuentra en el grado de perfeccionamiento que alcanza la noción y la realización del derecho. El género humano va lentamente; pero va á cumplir el derecho sin que ninguna generación pueda romper el término de esta idea que en la serie de los humanos progresos tiene precisamente señalado. Al punto de partida de la humanidad se encuentra la noción del derecho; y al término del viaje se encuentra la realización del derecho. La unión de todos los pueblos en un solo pueblo, de todos los Estados en un solo Estado, la ley natural por código único, la justicia por rey, el bien por término de la vida; hé ahí el ideal completo y plenamente realizado. Pero el hombre no es dueño absoluto de sí mismo, puesto que leyes á él extrañas, á él superiores lo dominan. Ebrio de libertad, pagado de sí mismo, creyéndose número y medida de todas las cosas, contando con su soberanía en la naturaleza, aváncase el hombre como á tender la mano sobre el Universo hasta que la implacable necesidad asentada sobre los mundos le

señala su límite, como al astro su órbita, como el océano su lecho. Cada individuo trae vocación exclusiva; se lanza al mundo cual si estuviera solo en el mundo; usa de su libertad en términos que diríase solo su libertad soberana; hace de sus deseos la aspiración universal de todas las cosas creadas y de sus intereses los intereses humanos, hasta que la relación de unos hombres con otros hombres le obliga, si no quiere atraerse el castigo necesario, á unir su vida con la vida social entera y armonizar su voluntad particular con la voluntad pública. Como dos fuerzas sostienen el Universo, dos fuerzas sostienen la Humanidad. Allí se llaman la atracción y la repulsión: aquí se llaman la libertad y la Providencia. Bajo estas leyes necesarias el hombre realizará sucesiva y gradualmente su derecho.

¡Y esta filosofía es una filosofía reaccionaria! ¡Esta filosofía, cuyos puntos fundamentales hemos expuesto, puede pasar en Alemania por filosofía de retrogradación, de retroceso! En los pueblos acostumbrados á la intolerancia de la Iglesia católica pasaría el sistema de la identidad entre las leyes del Universo y las leyes del espíritu, por un sistema racionalista. Esto solo probará la supremacía de Alemania sobre los demás pueblos en libertad científica, en respeto al pensamiento de sus sábios. Pero no hay que dudar, es la filosofía de Schelling una filosofía reaccionaria. A la República que Kant presenta como seguro de la paz perpétua, sucede la proscripción de la voluntad general, la proscripción de las democracias. Se ofrece la forma republicana como presidiendo al período de la fatalidad histórica; y la monarquía como presidiendo al período de la Providencia. A la libertad individual de Fichte, que eleva la conciencia hasta enrojecerla en el fuego de la divinidad; que dignifica el pensamiento humano hasta hacerlo alma de todas las cosas; que fortalece la voluntad en el heroísmo de la soberana independencia;

que protesta contra la tiranía de los hechos, impaciente por realizar la justicia, sucede esta idea de la necesidad, llamada á deshora para recordar al hombre emancipado, soberano, ebrio de esa vida nueva de la libertad, su triste dependencia en la Naturaleza y en la Historia. Luego esa misma idea de progreso en gradación tan rigurosa, en serie tan estrecha, somete las generaciones á no pasar de un término á otro término del derecho hasta la ilustración general de la razón y de la voluntad pública. ¿Qué se ha hecho de la antigua y generosa impaciencia por la realización del bien? Pero hay más todavía. Esa idea del Estado con fin propio en sí, requiere que los ciudadanos, en vez de realizar con vocación divina y libre su fin, se sometan á realizar el fin preconcebido por el Estado. Ese Estado tiene una especie de carácter divino como las antiguas monarquías. Ese Estado se eleva en la Historia á la misma estirpe que la Humanidad en el Universo. Ese Estado rechaza la voluntad general, la democracia, y la confunde con el despotismo. Ese Estado se resuelve en la monarquía universal. Ese Estado se confunde con la sociedad entera, y no hay error más grave que el error de confundir el Estado con la sociedad entera, porque así el Estado se cree con poder para regular todas las manifestaciones de la vida, desde la religión hasta el trabajo, que no pueden realizar los fines humanos de justicia, sino por los medios puramente humanos, por los medios de la libertad.

Las monarquías alemanas, con ese instinto de conservación que tienen las instituciones viejas y gastadas, se apoderaron de Schelling para que fuese el filósofo de su autoridad. El rey de Baviera lo llevó desde la Universidad de Jena donde había profesado con gran brillo á la Universidad de Wurzburgo. De esta Universidad pasó á Munich, á la segunda capital del catolicismo y de la reacción alemanas que tenían su primer capital en Viena. La enseñanza de Schelling allí tomaba cada

día un aspecto más religioso y místico, menos racional y humano. Durante el tiempo que la verdadera filosofía del progreso, la filosofía hegeliana dominó en Alemania, Schelling enmudeció, sí, enmudeció por largos años.

Condiscípulo de Hegel un día, su maestro más tarde, el filósofo de la naturaleza, confesaba que su pensamiento fundamental vivía en las doctrinas del discípulo, pero adulterado por los sucesivos desarrollos y por las varias aplicaciones. Muerto Hegel, que durante toda su vida ocultara la trascendencia de sus ideas con grandes concesiones á la monarquía prusiana, Schelling fué llamado desde Munich á Berlin para que con todas sus fuerzas, con toda su autoridad se opusiera á los estragos revolucionarios y racionalistas causados en la juventud por la Filosofía de lo Absoluto. Desde aquel momento no fué más que el sacerdote de la reacción científica, de la reacción política, de la reacción religiosa. Había en su doctrina y en su elocuencia algo del desorden neo-pagano, de su magia y de su theurgia, de aquel anhelo por detener la transformación necesaria de la conciencia humana con la evocación á las fuerzas de la naturaleza, fantaseada místicamente, y con el renacimiento artificial del géneo de los dioses devorados por los progresos de la ciencia. Como si el pensamiento libre pudiera tener más objeto que la verdad en sí, quiso sujetarlo á comentar las doctrinas oficiales de la religión, ni más ni menos que los antiguos escolásticos. Sosteniendo que su único criterio era la razón libre, que su único objeto era la verdad en sí; reivindicando el derecho de inspirarse solamente en su conciencia, y de difundir aquello que su conciencia le revelara, transforma su Dios antiguo, fuente de donde fluyen los seres, océano á donde desaguan las ideas, confusamente encerrado en el éter primitivo, y viviendo y desarrollándose luego á un tiempo mismo en lo ideal y en lo real, en el Universo y en

la Historia, hasta que llega á la conciencia de sí en la Filosofía; trasforma este ser dialéctico, hegeliano, en ser real, absoluto, creador, conservador del Universo, el Dios de Abraham y de Moisés, ó mejor dicho, el Dios del rey de Prusia y de su córte. Y no se contenta con esto, perdiéndose en los abismos de la fantasía, apelando á la magia como los antiguos gnósticos, lleno de un misticismo que hubieran envidiado Boehm ó Swendemborg, reconoce que hay en el Universo fuerzas teogónicas además de las fuerzas naturales, y que estas fuerzas en su relacion íntima con el espíritu humano, con la humana conciencia, han producido las mitologías, producto también de la continua evolucion del pensamiento teológico, hasta que un día la purificación de este pensamiento del espíritu humano, y la virtud de aquellas fuerzas del Supernaturalismo traen la única religion verdadera, definitiva, absoluta, el Cristianismo, cuyos dogmas de la redencion, de la gracia, de la Trinidad, pueden deducirse del puro racionio, y aprenderse en el eterno poema de la Naturaleza. Todas estas teorías no tendian más que á satisfacer el orgullo y atizar las preocupaciones del tutor coronado que diera á Schelling un solo encargo, combatir las teorías de Hegel. El filósofo temia de tal suerte á la opinion y á sus juicios que prohibió toda publicacion de sus lecciones en Berlin. Algun discípulo infiel llegó á recoger estas lecciones, á ordenarlas, y trasmitirlas al doctor Paulus, que las publicó bajo este título: la Filosofía de la revelacion revelada, persiguiendo á su autor con vigorosos argumentos, y violentísimas sátiras. Marheineke le atacaba públicamente y á todas horas como á un renegado. Y Strauss, el célebre autor de la vida de Jesús, publicaba un folleto llamando al rey protector de Schelling, Juliano el Apóstata.

Y viendo los sectarios de esta doctrina, persuádese más aun el ánimo de las consecuencias reaccionarias que en sí encerraba y que sucesivamente se desarrollaron y exten-

dieron. Eschemayer dividia la historia en cuatro periodos: 1.º Período de la naturaleza ó despotismo del más fuerte. 2.º Período de la esclavitud y de la tiranía. 3.º Período de la libertad tal como fué comprendida en las repúblicas antiguas. 4.º Período de las monarquías que acabaran por resolverse en una monarquía universal á la manera que los señores del feudalismo, verdaderos monarcas, se perdieron y se concentraron en las monarquías nacionales. El mismo error de la Filosofía de la Historia de Vico, renacia en estos sistemas fantaseados para dar leyes arbitrarias á la Historia; considerar como necesario el paso de la República á la monarquía. Vico limitaba sus leyes históricas al mundo antiguo donde verdaderamente la república griega se resolvió en la monarquía de Alejandro y la República romana en la monarquía de Augusto. Pero una y otra monarquía acabaron con aquellos dos grandes pueblos. Y hoy, las naciones modernas en su actividad y en su progreso, no perecerán con las monarquías, sino que darán á su viváz espíritu al organismo de la República.

Y todavía la reaccion fué más lejos. Si Eschemayer proclamó la monarquía como un progreso evidente sobre la República, Goerres proclamó la teocracia como un progreso á su vez sobre la monarquía. El mundo moderno andaba de esta suerte hácia atrás. El pensamiento moderno se perdía en las nieblas de la Edad Media. Llegaba á dudarse de que fuera beneficioso á la humanidad el empleo de la imprenta que acabara con el hechizo de la ignorancia. Sobre el Renacimiento, sobre la Reforma, sobre el alba del espíritu moderno se levantaba el poeta de ciclope imaginacion, el escritor de tropical estilo, buscando los marmóreos arcos de Roma, el génio augusto de los Pontífices á fin de que diera al inquieto espíritu moderno, atormentado de continuo por dudas que se resolvían en negaciones, aquella fé propia de los tiempos primitivos, aquella obediencia de las trí-

bus asiáticas dormidas en paz bajo las sombras de sus templos, y sobre el regazo de la edénica naturaleza. En su afan de resucitar, este mago, este hechicero, que habia dado su génio por completo á la reaccion, evocaba de sus sepuleros hieráticos la fé que animó las Cruzadas, el patriarcado de Roma sobre los reyes, el sueño magnético de los pueblos siervos, y hasta el diablo, hasta el ángel caído de la luz en las tinieblas, que habia llenado con sus tentaciones y con sus hechizos toda la Edad Media, y á cuya ausencia de la naturaleza y de la historia debese una pérdida de poesía mayor que la pérdida experimentada cuando los Dioses paganos exhalaban su último suspiro, bajo las ruinas del antiguo mundo y bajo el altar de los nuevos dogmas. El Estado, para este gran reaccionario, era un árbol, y en el Estado, los siervos, los plebeyos, debian ser las raíces de ese árbol, pegadas siempre á la tierra, mientras que las aristocracias teocráticas debian ser las flores pintadas y las frutas maduras por la luz, y por el calor de la luz emanada de los cielos.

Steffens proclamaba el bárbaro principio social de las castas, semejante al principio de las teogonías orientales; unos hombres llamados perpétuamente al trabajo sin goce y otros destinados al goce sin trabajo. Adam Müller enseñaba que el fatalismo de las leyes cósmicas habia destinado desde la eternidad el hombre á ser como un ganado, y al rey á ser como el pastor y el conductor de este ganado. Teorías inconcebibles en este siglo que ha visto desplomarse tantas tiranías, y llegar la libertad, el derecho, por esfuerzos sobre-

humanos de tantos génios sublimes, redentores, hasta en el terruño del campesino, hasta en la ergástula del negro.

Schelling habia nacido para comunicarse con la naturaleza. En su vida serena, en su uniformidad constante encontraba paz que difícilmente se encuentra en las sublimes y vertiginosas alturas del espíritu. Pero en cuanto estudiaba la sociedad y el alma, su imaginacion exaltada tendia sobre una y otra falsos, falsísimos espejismos. Hasta en el mismo seno de la naturaleza parecia volver á la magia, á la alquimia, á la theurgia. Pero la verdad es que su pensamiento escuchaba atentamente las armonías de la naturaleza, y encontraba en ellas un poema universal. Impasible á los dolores humanos, indiferente á los problemas sociales, aguardando toda mejora y perfeccionamiento de fatal progreso, anegóse en la vida universal. Así llegó á edad bien proveya, y murió en paz entre los brazos de su alma madre, la naturaleza. Sobre sus mortales despojos, los dos cultos en que el Cristianismo se ha dividido, mezclaron, confundieron sus oraciones. En los valles de Suiza, á las orillas del Rhin recién nacido, en medio de aquellos pinares oscuros, sobre las verdes praderas, junto á pintorescas aldeas, descansa en paz el cuerpo del filósofo en monumento erigido por la piedad de uno de sus régios discípulos, é iluminado por las reverberaciones del día en las nieves eternas de los Alpes, como si naturaleza hubiera querido encantar con todas aquellas maravillas el sueño eterno de su inspirado intérprete, de su divino sacerdote.